Publicación: MARIAS, Fernando: **De señor a conde de Orgaz**..- En *ABC*, 4 de mayo de 2001

ABC, viernes 4 de mayo de 2001

De Señor a Conde de Orgaz

Por Fernando MARÍAS

Suelen ser los títulos nobiliarios otorgados por los reyes; en el caso del señor de la villa de Orgaz don Gonzalo Ruiz de Toledo, fallecido a comienzos del siglo XIV (y hay dudas sobre la fecha de su muerte y del milagro de su entierro, 1312, 1323 ó 1327), el título de Conde parece habérselo concedido la excelencia del pincel de Doménico Theotocópuli, conocido en el Toledo del siglo XVI como el Griego, en vida del verdadero tercer Conde de Orgaz, don Juan Hurtado de Mendoza Rojas y Guzmán.

«El entierro del Señor de Orgaz», el lienzo más célebre —entonces como ahora— del pintor cretense, fue pintado en 1586-87 como encargo de la parroquia toledana de Santo Tomé para conmemorar su victoria jurídica de 1569 sobre la villa de Orgaz, obligada desde casi trescientos años atrás a pagar a la iglesia donde su señor había sido enterrado dos carneros, dieciséis gallinas, dos pellejos de vino y dos cargas de leña y una ya ridícula suma de numerario de 800 maravedíes, y que llevaba un lustro sin abonar.

El cura párroco Andrés Núñez de Madrid quería recordar sus deberes a la villa, encarecer la caridad a los ojos de la Ciudad Imperial y defender su privilegio, dando importancia pública a través de una gran imagen al milagro que había premiado al caritativo caballero: la aparición de San Esteban y San Agustín para enterrar al difunto don Gonzalo; un milagro, sin embargo, que la Iglesia de Roma postridentina no consideró como oficial en las hagiografías de los santos, sino sólo aceptable como objeto de la devoción local de un «santo extravagante», y cuya representación requería especial licencia de las autoridades eclesiásticas locales.

A pesar de que El Griego tuvo que atenerse a lo que contaba el viejo epitafio del sepulcro de don Gonzalo —que quedó integrado por debajo del lienzo y ahora se ha vuelto a descubrir—, el resultado fue su indiscutible obra maestra, en la que el pintor investigó con su pincel de color las imágenes contrapuestas de la realidad terrenal y la sobrenaturalidad celeste. Por ello, El Griego cobró 1.200 ducados en 1590, tras un pleito con la parroquia y aunque su obra se le hubiera tasado en 1.600; jamás un lienzo se había pagado tanto en España.

Como se señalara pocos años después, «viénenla a ver con particular admiración los forasteros, y los de la ciudad nunca se cansan, sino que siempre hallan cosas nuevas que contemplar en ella, por estar retratados muy al vivo muchos insignes varones de nuestros tiempos». Su excelencia artística se veía con muy diferentes ojos a los que hoy usamos en su percepción, en Toledo o en Viena: naturalismo admirable más que expresionismo devocional; como deformamos la realidad histórica —quizá productos también milagrosos— y hablamos de condes donde sólo había señores.